

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

22 de noviembre de 1890

Núm. 160



EL MÁS FIEL AMIGO

UN RATO DE CHARLA

EN los mismos días en que se daba el afrentoso espectáculo de convertirse voluntariamente en acémilas algunos seres hechos á imagen del Criador, tirando del vehículo en que iba de pie un insigne personaje de la política al hacer su entrada en dos grandes capitales, resonaban en el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid los acentos nunca bastantemente escuchados de un Maestro cuyas virtudes sólo admiten comparación con su inteligencia y su saber. Creo que debo hablaros de lo que dijo el eminente orador del Círculo.

Dijo, pues, entre otras cosas y en conclusión, que España estaba intelectualmente atrasadísima y moralmente envilecida, y lo dijo después de haberlo demostrado.

Y no puede menos de ser así: nuestros padres de la patria *confeccionan* los presupuestos de tal manera, que se gastan 146 millones en la milicia, 32 millones en la marina, 52 millones en las clases pasivas, 42 millones en culto y clero, y tan solamente 15 millones en administrar justicia y 12 millones en la enseñanza. No tiene nada de particular, por lo tanto, que sólo sepan leer una cuarta parte de los españoles, y no tiene tampoco nada de asombroso que nuestra población, en vez de ser de 37 millones de habitantes, llegue apenas en totalidad á 23, ni que existan en España 50 millones de hectáreas y sólo haya cultivados 20, y 901,000 de regadío. Cada hectárea produce aquí 8 hectólitros de trigo, y en Francia produce 15. La enseñanza en España no es más que un saca-dinero: produce mucho más de lo que cuesta. En las universidades de Madrid y Barcelona hay *superavit*. Esto no se ve en ninguna parte.

Para entretenimiento de Bibliotecas y Museos hay consignada la fabulosa suma de 62,000 *pesetas*. Esas maniobras que se han hecho ahora en Calaf y Carabanchel, han costado 60,000 duros sólo en pólvora.

Los servicios higiénicos y sanitarios corren parejas con lo que podría verse en el más bárbaro estado del interior del Africa. No hay preocupación ni estupidez que deje de encontrar prosélitos, ni tontería que no esté en predicamento en las *esferas* ó cilindros oficiales, aunque mejor podrían compararse á conos ó embudos.

En un pueblo así, tan ignorante, tan atrasado, no es de extrañar que haya bípedos tan arrimados á la cola que sientan envidia á los cuadrúpedos y aprovechen la primera ocasión para tirar de un carro durante tres kilómetros, *coram populo*.

En un pueblo así, privado de todo ejemplo de rectitud por parte de sus gobernantes, no es de extrañar que impere la inmoralidad en sus más repugnantes formas, desde el cohecho al matute, desde la asquerosa literatura de los periodicuchos cochinos y de las piecillas flamencas á la frivolidad de las ideas y de las conversaciones infantiles de que con amarga elocuencia se quejaba recientemente el distinguido publicista *Angel de la Guarda*.

«Somos el país que no paga al maestro: una excepción en Europa», escribía no há mucho uno de los más sensatos periódicos madrileños. Pero en cambio tenemos el sufragio universal ó universalizado, que no me he dignado enterarme aún de cómo se llama eso. De lo que sí estoy enterado es de que se deben 9.108,837 pesetas 36 céntimos á los maestros, sin contar lo que va de 1.º de julio hasta hoy.

¡Mire V. que no se le ocurre ni al que asó la manteca servir los postres antes que la sopa! Pues bien, el sufragio ese viene á ser los postres: la instrucción es la sopa, la organización administrativa el principio. Eso se comprende en Suiza, donde la proporción de los que saben leer es del 100 por 100, y, aun sin llegar á tanto, en Francia y las demás naciones donde se hacen INMENSOS SACRIFICIOS en pro de la instrucción. (Alabado sea, entre paréntesis, el digno Ayuntamiento de Flores de Avila, que acaba de inaugurar un magnífico edificio-escuela.)

Pero en todo somos así: tenemos generales de marina para cuarenta escuadras, y no tenemos ni siquiera una mediana escuadrilla; tenemos generales de tierra para mandar los ejércitos de Jerjes, y apenas si tenemos ejército, y éste sin material; tenemos todo un cuerpo de archiveros-bibliotecarios, y gastamos 62,000 pesetas en el entretenimiento de las Bibliotecas y Museos del Estado.

¿Qué de extraño tiene que España sea el país del fetichismo, de la ignorancia y de la miseria?

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



EL SUEÑO DE GUTENBERG

Como á Colón en vísperas del descubrimiento de las Américas, parece ser que un sueño profético anunció á Gutenberg los resultados de su portentoso invento pocos días antes de llevarlo á efecto.

Hé aquí la relación ó la leyenda de este sueño tal como se ha conservado en la biblioteca del consejero áulico Beh.

«En una celda del claustro de Arbogasto, un hombre de frente pálida, de barba crecida, de mirada fija, se hallaba delante de una mesa, apoyando la cabeza contra su mano. Este hombre se llamaba Juan Gutenberg. Algunas veces levantaba su cabeza, y sus ojos brillaban como iluminados por una claridad interior. En estos instantes Juan pasaba sus dedos por la barba con un movimiento rápido de alegría. El ermitaño de la celda buscaba un problema cuya solución no encontraba. De repente se levanta Gutenberg, y sale un grito sorrido de su pecho: era como el desahogo de un pensamiento, largo tiempo comprimido. Corre Juan hacia un baúl y saca de él un instrumento cortante. Luego se pone á cortar un pedazo de madera. En todos estos movimientos manifiesta alegría y ansiedad, como si temiera que se le escapase su idea, diamante que había encontrado y que quería tallar y fijar para la posteridad. Juan tallaba rudamente y con una actividad febril. Su frente se bañaba de copioso sudor, en tanto que sus ojos seguían con ansiedad creciente los resultados de su trabajo. De este modo trabajó mucho tiempo, bien que el tiempo le parecía corto. En fin, empapa la madera con un licor negruzco, la pone sobre un pergamino, y, lanzando todo el peso de su cuerpo sobre su mano, se sirve de él como de una prensa é imprime la primera letra que había tallado en relieve. Contempla su obra, y un segundo grito, lleno del éxtasis del genio satisfecho, se exhala de su boca. Cierra los ojos con un aire de beatitud tal como los santos del paraíso, y cae de rodillas. Sentóse luego, y cuando el sueño se hubo apoderado de él, murmuró:—Soy inmortal.—

Entonces tuvo un sueño que turbó su alma.

—Oigo dos voces,—dice,—dos voces desconocidas y de un timbre diferente, que me hablaban alternativamente en el alma.

Una me dice:

«—Regocíjate, Juan, que eres inmortal. Desde hoy toda la luz se propagará por ti en el mundo. Los pueblos que viven á millares de leguas de ti, extraños á los pensamientos de nuestro país, leerán y comprenderán todos los pensamientos esparcidos y multiplicados como la reverberación del fuego, por ti, por tu obra inmortal.

«¡Regocíjate, Juan! ¡Tú eres inmortal! ¡Tú eres el intérprete que esperaban las naciones para conversar entre sí! ¡Tú eres inmortal, pues tu descubrimiento va á dar vida perpetua á los genios que morían sin ti, y todos los cuales, á



Un recado urgente

su vez, por agradecimiento, proclamarán la inmortalidad del que los ha inmortalizado!»

La voz se calló y me dejó en el delirio de la gloria.

Entonces oí la otra voz que me dijo:

«—Sí, Juan: tú eres inmortal. Pero ¡á qué precio! El pensamiento de tus semejantes ¿es siempre bastante puro y bastante santo para que merezca ser entregado á los oídos y á los ojos del género humano? ¿No hay muchos, y acaso en mayor número, que merecerían mejor mil veces ser convertidos en la nada que multiplicados y conocidos por el mundo?

«El hombre es más bien perverso que sabio y bueno. Profanará el beneficio que le haces y abusará del nuevo sentido que le creas. Durante un siglo, en vez de bendecirte, te maldecirá.

«Nacerán hombres de talento poderoso y seductor, pero cuyo corazón será soberbio y corrompido. Sin ti hubieran quedado oscurecidos. Encerrados en un círculo estrecho, no hubieran contribuido sino á la desgracia de los más cercanos y de sus contemporáneos: por ti llevarán el vértigo, la desgracia y el crimen á todos los hombres y á todas las edades.

«¡Ve á esos millares de almas corrompidas por la corrupción de una sola! ¡Mira á esos jóvenes pervertidos por libros cuyas páginas derraman el veneno en el espíritu! ¡Juan! Una inmortalidad que cuesta tantas lágrimas y angustias, ¿no es demasiado cara? ¿No es insigne temeridad ambicionar la gloria á tan alto precio? ¿No te espanta la responsabilidad que la conquista de esta gloria hará pesar sobre tu alma?

«Créeme, Juan: vive como si nada hubieses descubierto. Mira tu invención como el resultado de un sueño fascinador, pero funesto, cuya realización sería útil y santa si el hombre fuese lo debidamente perfecto; pero el hombre es malo, y prestar armas á los malvados es contribuir deliberadamente á hacer más graves sus errores.»

Yo me desperté horrorizado y dudoso. Titubeé un instante; pero consideré que los dones de Dios, aunque algunas veces fuesen peligrosos, no eran nunca malos, y que dar un instrumento más á la razón y á la noble libertad humana era dar un campo más vasto á la inteligencia y á la verdad, ambas divinas.

Fiado en Dios y en mi perseverancia, proseguí la senda emprendida. Á su término, una voz celeste y misteriosa coronó mi obra murmurando en lo más hondo de mi espíritu:

«—Juan, serás inmortal.»

BENJAMÍN



LA AVARICIA

LA economía y el ahorro, que antes de ahora he recomendado á mis pequeños lectores, no deben confundirse con la *avaricia*, que es un vicio por muchos motivos abominable. Ser económicos y ahorradores equivale á ser ordenados y previsores, y la avaricia se caracteriza por un afán desordenado de poseer y adquirir para atesorar ó guardar lo que se tiene, aunque haga mucha falta emplearlo ó servirse de ello.

El avaro, que es egoísta hasta consigo mismo, no economiza realmente, sino que se priva hasta de lo que más falta le hace, ni ahorra por previsión, esto es, para en los momentos de necesidad remediarse y salir de sus apuros, sino que lo hace á impulso del bajo placer que le proporciona poseer mucho cada vez más, y recrearse viendo, contando y recontando lo que tiene.

Los avaros más ricos son realmente los más pobres. Son pobres de espíritu, porque, además de no ver otra cosa que sus tesoros, no se atreven á nada que sea elevado y generoso, y se hacen menguadamente pusilánimes por el miedo que tienen y les corroe el alma de que puedan quitarles lo que poseen. Son asimismo materialmente pobres, porque la avaricia engendra la *tacañería*, y el tacaño, aunque tenga mucho dinero, se priva hasta de lo más necesario y vive como el más menesteroso de los mortales.

Por otra parte, como, según declara un refrán, *el avariento rico no tiene pariente ni amigo*, porque, no teniendo compasión de las desgracias ajenas y pensando siempre que le van á pedir, de todas las personas huye y todo el mundo huye de él y hasta le desprecia y le mira con inquina, resulta que no siente afecciones por nadie, ni nadie las siente por él, y en los momentos de apuro, de enfermedad, de dolor, se encuentra solo y no halla á su lado quien le auxilie y le consuele, nada de lo cual acontece á los que no son avaros por pobres que sean.

Debe tenerse además en cuenta que los avaros viven engañados: gastan, cuando menos lo piensan, más que otro cualquiera en igualdad de circunstancias. En los momentos de apuro á que antes nos hemos referido, y por lo mismo que nadie se compadece de ellos, lo que á cualquiera otra persona le costaría cinco, por ejemplo, á un avaro le cuesta veinte: esto aparte de que todos los que le rodean están siempre á sacarle lo que pueden, aunque sea valiéndose de malas artes, de medios ilícitos, en lo cual (dicho sea de paso) hacen mal. Por esto dice muy oportunamente otro refrán: *Piensa el avariento que gasta por uno, y gasta por ciento*.

El inmoderado afán de adquirir para atesorar, ciega á los avaros y les lleva á meterse en negocios descabellados y ruinosos que les hacen perder en una hora lo que han adquirido y ahorrado, á costa de las privaciones más duras, en muchos años. De aquí qué se diga, con sobrada razón, que *la avaricia*



LA ROMANZA



ATENCIÓN Y TRAVESURA

ricia rompe el saco. Por tener más y tenerlo para no disfrutarlo, ni siquiera remediarse con ello, han visto muchos avaros desaparecer como humo sus cuantiosas fortunas.

Y en cambio de estas pérdidas, para los avaros más dolorosas que para los demás, se quedan, los que las experimentan, con el dolor de haber vivido con las mayores privaciones, y con el desconsuelo de no ver á su lado una cara amiga ni una persona que siquiera se compadeciera de su desgracia ó mala suerte: todos huyen de ellos como de los leprosos, sin duda porque la avaricia es como lepra del alma.

Hay algo y aun mucho de esto. La avaricia es una verdadera enfermedad del alma. El afán de adquirir y guardar llega á constituir una manía en los avaros, quienes no piensan más que en los medios de satisfacer la codicia de riquezas, especie de gangrena que á la vez que les ofusca la mente les corroe el corazón. Un avaro vive y sueña pensando no más que en sus riquezas y en el modo de adquirirlas ó de acrecentarlas. También lo ha dicho la sabiduría popular por medio de uno de esos *evangelios chicos* (como les llamó nuestro Fernán Caballero) dichos proverbios: *El avariento, do tiene el tesoro tiene el entendimiento.* Una inteligencia que no se ocupa más que de eso, se halla extraviada, enferma de gravedad.

No digamos del corazón: el avaro no vive más que para las riquezas que tiene ó con que sueña, lo cual le hace caer en el más refinado egoísmo. Los avaros son grandes é impenitentes egoístas: por serlo, lo son hasta con ellos mismos. La prueba de esto último la tenemos en el hecho de que no hay avaro á quien no duela lo que gasta en satisfacer hasta sus necesidades primeras y más perentorias. Las privaciones que se imponen les obligan á vivir como verdaderos mendigos, y no les permiten disfrutar de ninguna clase de placeres, ni aun de los que se hallan al alcance de las fortunas más modestas.

El egoísmo del avaro se acentúa y pone más de manifiesto tratándose del prójimo. No pensando ni en sí, no es fácil que se ocupe de los demás. En la creencia de que todo le va á costar dinero, y viendo en cada semejante un salteador de su tesoro, huye de todo el mundo y á todos procura ocultar lo que posee: aparenta no tener nada y vivir en la miseria; lo que le obliga más y más á imponerse las privaciones á que antes aludimos. De aquí la indiferencia despiadada y el punible desdén con que los avaros ven y oyen las desdichas ajenas. La caridad es para muchos de ellos un mito, y dar limosna un acto pecaminoso. Por lo mismo, ponen todos sus sentidos para no caer en la tentación de realizarlo. No le habléis de beneficencia, porque no os entenderán. Las obras de misericordia son muy buenas y muy excelentes, pero para practicarlas, dicen los más blandos, es preciso saber con quién y conocer á fondo las necesidades, y como los avaros huyen de todas las personas, no dan oídos y no creen á nadie, ni gustan de meterse en averiguaciones que les harían perder el tiempo (cuando ellos no están por perder nada), resulta que no encuentran nunca la ocasión de ejercerlas.



Un refrigerio á la muda

Pero en el pecado llevan la penitencia los avaros. La soledad á que al cabo llegan á verse condenados es espantosa, y concluye por amargarles la existencia. Si su corazón seco no da frutos de caridad, que lo son de bendición, tampoco los recibe. La esterilidad en que viven los avaros para los demás, deja yermo todo el terreno que pisan y convierte su hogar en páramo desolado. Al morir no dejan tras de sí más huellas que la fama de su codicia: se van de este mundo sin haber disfrutado lo que podían, ni haber saboreado el placer que produce hacer bien, ni ver á la cabecera de su lecho más que á los que son atraídos hacia ellos por el interés de la fortuna que deben heredar. Como no sintieron por nadie, no tienen quien los llore de veras: mueren como vivieron, sin una bendición.

Tales son los frutos que se cosechan de la avaricia, frutos amargos que ninguna persona bien sentida ha de querer saborear. Los que se deciden á sembrar en sus corazones la semilla que los produce, han de tener en cuenta que se ponen en el camino de la perversión moral, porque el que se hace avaro se incapacita para el cumplimiento de muchos de los deberes que todos tenemos para con nuestros semejantes, al menos de los que se originan de la caridad, que son los más nobles y hermosos de todos.

En efecto, el avaro se hace tacaño, interesado, ruin, egoísta, en una palabra; y quien tales y tan innobles cualidades posee, no es caritativo, ni compasivo, ni misericordioso; no ama á sus semejantes, y no amándolos no es capaz de cumplir con ellos los santos deberes que la caridad impone. Y la persona cuyo corazón permanece sordo é impasible á los puros y amorosos llamamientos de la caridad, y no se siente animado por el amor al prójimo, no es buena, es inmoral, en cuanto falta á deberes muy imperiosos para toda conciencia que de honrada se precie.

Así, pues, si estáis, mis queridos lectores, obligados á economizar y ahorrar, debéis hacerlo teniendo mucho cuidado de no caer en el fementido vicio de la avaricia. Conviene, sí, que economicéis y ahorréis evitando lo superfluo y procediendo en vuestros gastos comedida y ordenadamente y con prudente previsión, mirando no sólo al presente, que es lo primero, sino también al día de mañana. Pero de ningún modo debéis exagerar esas virtudes al punto de convertirlas en un vicio: la economía y el ahorro han de entenderse de manera que no os impidan atender como es debido á vuestras necesidades materiales y espirituales y á las de vuestras familias, ni os priven de dispensar á vuestros semejantes los consoladores y dulces beneficios de la caridad.

Económico y ahorrador quiere decir hombre ordenado y previsor, pero de ningún modo avaro y egoísta: lo primero es virtud, y lo segundo vicio.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA





El bautizo en la inclusa

NUESTROS GRABADOS

EL MÁS FIEL AMIGO

Sin temor alguno hace la niña su camino, fiada en el valor y la lealtad del

perro que la acompaña; y de seguro que todos se guardarán bien de molestarla, pues el animalito no tiene muy tranquilizadora facha que digamos.

UN RECADO URGENTE

La joven se dirige precipitadamente á campo traviesa, portadora de una esquila de cuya contestación depende la resolución de un grave asunto. Es digna de notarse la apostura modesta de la encantadora niña, harto contristada para lo que sin duda se merece.

LA ROMANZA

El mocito, que ya va para hombre, presume de tenor, y su hermana se presta siempre de muy buena gana á acompañarle al piano. Vese que son niños de buena casa y, lo que vale más, que están en la mejor armonía.

ATENCIÓN Y TRAVESURA

Mientras los niños leen, el gato hace de las suyas jugando con el sombrerote de uno de ellos, y mucho será que á fuerza de arañazos no le ponga perdido. Pero ¿cómo enfadarse con un gatito tan mono?

UN REFRIGERIO Á LA MUDA

La niña obsequia á sus muñecas con un *five ó clock tea* (en cristiano *un te de las cinco*), siendo muy de alabar el que por la condición de los invitados no se oirá ningún brindis.

EL BAUTIZO EN LA INCLUSA

Tierna ceremonia: las buenas hermanas apadrinan al pobre niño abandonado, y sus hermanas en desgracia dirigen sus preces al Altísimo en acción de gracias por haber podido recibir el agua de salvación. La escena no es muy brillante, pero sí muy conmovedora.

Á UN NIÑO

I

Tu padre se hallaba ausente,
 tu madre enferma en el lecho;
 pedían pan tus hermanos
 con acento lastimero;
 y, en tan triste situación,
 en tan amargos momentos,
 con voz débil y llorosa,
 de rodillas en el suelo,
 juntando tus manecitas
 suplicaste al Dios del cielo.

II

Los ángeles, tus hermanos,
 al escuchar tus lamentos,
 condolidos, suplicantes,
 por ti, niño, intercedieron,
 y volvió tu padre ausente,
 sanó tu madre al momento,
 abundó el pan para todos,
 y tú le diste, contento,
 juntando tus manecitas,
 las gracias al Dios del cielo.

LUIS DE VAL



LA PASTORA DE OCAS

(Continuación)

La vieja, en su soledad, hallábase sentada á la puerta, cerca de su torno, é hilaba. Anochecía, y algunas virutas que ardían en el atrio derramaban tan sólo una débil claridad. De pronto oyóse ruido por allí fuera. Las ocas volvieron de los matorrales á su albergue, lanzando un grito más enronquecido. Pronto entró á su vez la hija. La vieja la saludó apenas y se contentó con mover algo la cabeza. La hija se sentó á su vera, cogió la rueca y cardó el hilo tan ligeramente como pudiese hacerlo una joven. Así permanecieron sentadas más de dos horas, sin decir palabra. Por fin, oyéndose un rumor cerca de la ventana, vieron brillar dos ojos fulgurantes. Era un viejo mochuelo que gritó tres veces:—*¡Hu, hu, hu!*—La vieja levantó apenas los ojos y dijo:

—Ya es tiempo, hija, de que te salgas para ir á tu faena.

Levantóse y salió. ¿Dónde iba? Lejos, muy lejos, en la pradera, hasta el valle. Por fin, llegó á orillas de una fuente, cerca de la cual había tres robles. La luna había ascendido redonda y llena, viéndose encima de la montaña, y era tan brillante que se hubiera podido encontrar un alfiler. La vieja se quitó una piel que cubría su rostro, se inclinó hacia la fuente y comenzó á lavarse. Cuando hubo acabado, sumergió la piel en el agua del manantial y la extendió sobre la yerba para que se blanquease y secase á la claridad de la luna. Pero ¡cuán cambiada estaba! No habéis visto nada igual. Cuando se hubo desprendido de su trenza gris, sus cabellos dorados resplandecieron como rayos de sol y cayeron como un manto sobre todo su cuerpo. Sus ojos relucían como las estrellas del cielo, y sus mejillas tenían el brillo dulcemente sonrosado de la flor del manzano.

Pero la bella joven estaba triste. Sentóse y lloró amargamente. Las lágrimas caían una en pos de otra de sus ojos y rodaban entre sus largos cabellos hasta tierra. Allí estaba, y por largo tiempo hubiera permanecido allí si el ruido de algunas ramas que crujían en un árbol vecino no hubiese llegado á sus oídos. Brincó como una corza que ha oído el tiro del cazador. La luna se había velado justamente con una nube oscura. En un instante la joven se encontró recubierta con la piel vieja y desapareció como una luz apagada por el viento.

Temblando como la hoja del olmo, corrió hacia la casa. La vieja estaba de pie en la puerta, y la joven quiso contarle lo que le había ocurrido; pero la vieja se sonrió graciosamente y le dijo:

—Ya lo sé todo.

Condujola á su cuarto y encendió algunas virutas. Pero no se mató para coger la rueca: empuñó una escoba y empezó á barrer y á sacudir.

—Todo debe estar aquí aseado y limpio,—dijo á la joven.

—Pero, madre,—replicó ésta.—¿A qué empezar este trabajo á una hora tan adelantada? ¿Qué pensáis hacer?

—¿Sabes qué hora es?—preguntó la vieja.

—No es aun media noche,—respondió la joven;—pero sí han dado las once.

—¿No recuerdas,—continuó la vieja,—que hace hoy tres años que viniste á mi casa? Se acabó ya el plazo: ya no podemos permanecer más tiempo juntas.

La joven quedó toda asustada y dijo:

—¡Ah, madre! Conque ¿queréis echarme? ¿Dónde iré? No tengo patria ni amigos donde buscar un asilo. He hecho cuanto habéis querido, y siempre habéis quedado contenta de mí. No me echéis.

La vieja no quería decir á la joven lo que iba á sucederle.

—No puedo permanecer aquí más tiempo,—repuso;—pero cuando deje esta choza es preciso que la casa y el cuarto estén limpios. No me entretengas, pues, en mi trabajo. En cuanto á ti, puedes estar tranquila: encontrarás un techo, bajo el cual podrás habitar, y estarás contenta de la recompensa que te daré.

—Pero decidme qué va á pasar aquí,—preguntó nuevamente la joven.

—Te repito que no me hagas perder tiempo en mi trabajo. No digas una palabra más. Vete á tu cuarto, quítate la piel que te tapa el rostro, ponte el vestido de seda que llevabas cuando viniste aquí; luego quédate en el cuarto hasta que te llame.

Pero precisa ya que vuelva yo ahora á hablar del rey y de la reina, que habían partido con el conde para ir á encontrar á la vieja en su soledad. El conde se había separado de ellos durante la noche, y se vió obligado á continuar el camino solo. Al día siguiente le pareció que estaba en el buen camino. Anduvo, pues, hasta que estuvo próxima la noche, y entonces se encaramó á un árbol para pernoctar allí, pues temía extraviarse. Cuando la luna iluminó el paisaje, vió á una persona que bajaba por la montaña. No llevaba ninguna varilla en la mano; pero, sin embargo, parecióle que era la pastora de ocas que había visto en casa de la vieja.

—¡Hola!—se dijo.—Hacia aquí viene. Veo á una de las dos brujas. No se me escapará tampoco la otra.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor, Avda. de San Bernardo, 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA